

Carta abierta a Arcadio Díaz

Quiñones Cintio Vitier



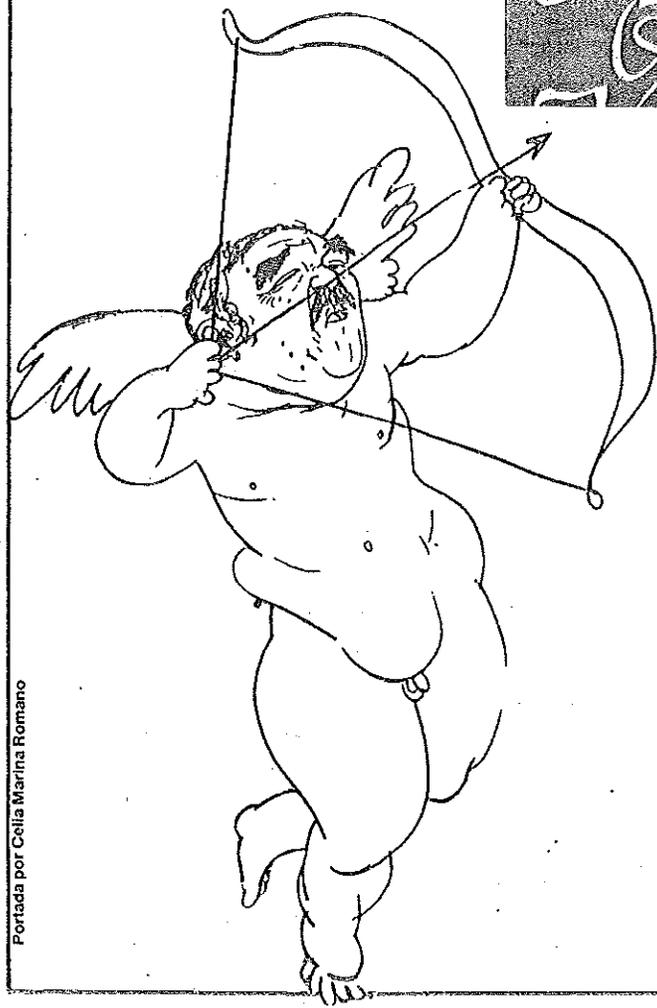
cintio vitier:
**LA MEMORIA
INTEGRADORA**
ARCADIO DIAZ QUIÑONES



cintio vitier:
**LA MEMORIA
INTEGRADORA**
ARCADIO DIAZ QUIÑONES



cintio vitier:
**LA MEMORIA
INTEGRADORA**
ARCADIO DIAZ QUIÑONES



El cuento después del cuento

**Gabriel
García
Márquez**

Recientemente fue publicado por la Editorial Sin Nombre el libro de Arcadio Díaz Quiñones, "Cintio Vitier: La memoria integradora". Durante los últimos meses hemos publicado en nuestro Suplemento la "Nota Preliminar" del libro escrita por su autor, y una reseña crítica del escritor puertorriqueño José Emilio González.

Hoy ocupan nuestras páginas una extensa carta, la cual el propio poeta cubano pidió que se hiciera pública. En la misma se menciona reiteradamente al

crítico ya fallecido, Angel Rama, a quien Vitier hace unas serias imputaciones.

Por la estrecha relación de colaboración que han mantenido con nuestro semanario ambos escritores, ya también Rama mientras estuvo vivo, Arcadio ha solicitado que sea en nuestras páginas donde ambas cosas se publiquen. Por ello, y porque su contenido igualmente lo amerita, publicamos ambos textos íntegros a pesar de su larga extensión.

Carta abierta a Arcadio Díaz Quiñones

La Habana, 26 de abril de 1987

erido Arcadio:

He leído con el mayor interés tu prólogo a nuestro libro de conversaciones, y antes que nada debo agradecerte profundamente la generosa atención, nada rara en tí, que has dedicado al conjunto de mis escritos en prosa y verso.



De hecho esas páginas constituyen una de las poquísimas exégesis globales de lo que he podido hacer en lo que antes solía llamarse "el campo de las letras" y ahora, significativamente, siguiendo a Angel Rama, tú nombras "la ciudad letrada". No se trata, desde luego, de un simple cambio terminológico, o más bien habría que recordar que en toda cuestión terminológica está implicada una cuestión ideológica. A este propósito, debo también decirte que —aparte los muchos aciertos críticos que reconozco y agradezco en tu trabajo—, utilizas en él una terminología que no siempre comparto y en la que percibo una respetuosa y latente reticencia que no me preocupa en cuanto tal (estoy acostumbrado a vivir entre escritores que no piensan ni creen como yo), sino en cuanto de algún modo puede inclinarse hacia un sistema de pensamiento que, si bien es lógico lo hayan asumido —a partir de Octavio Paz y Rama— los ideólogos del exilio cubano, no me parece que nos corresponda a tí ni a mí —todo lo cual me decido a decírtelo fraternalmente, seguro de que no vas a tomarlo como un cuestionamiento personal y confiado en la estimación y el cariño que nos une más allá de toda posible y honrada discrepancia.

Para ir enseguida al centro del asunto, me parece tan inaceptable como peligrosa la tesis de Rama según la cual los "letrados" construyen una "ciudad" —que en definitiva es la imagen de la nación— articulando sus diversos componentes para que obedezcan a un plan previamente asignado (por ellos mismos, se supone: subrayo y añado yo). No dudo que algunos "letrados" hayan alguna vez intentado semejante cosa (por ejemplo, los ideólogos del fascismo), pero aplicarle esa fórmula a todos los creadores literarios, especialmente en nuestra América, que han contribuido con su trabajo a la configuración y expresión de naciones de las que son hijos y no diseñadores como pudieran serlo de edificios prefabricados en sus mentes, lo considero una inversión monstruosa de la realidad histórica. Por supuesto, para el sistema ideológico aludido ya va resultando un ingenuo anacronismo hablar de "la realidad histórica", pues ésta en resumidas cuentas (traducidosajonamente "historia" como "fiction") sólo viene a ser, según tú parece aceptarlo glosando a Michel de Certeu, una "trama" o "ficcionalización" de hechos en sí mismos caóticos, una "alegoría" o "utopía" mediante la cual se pretende "dar sentido" a lo que por sí no lo tiene, a no ser el sentido del famoso parlamento de Macbeth, el del idiota. Pero la otra historia, la que lejos de significar "nada" significa la lucha secular, y quizás



Angel Rama

inacabable, por la justicia, no es la "construcción" ni la "invención" de ningún letrado aunque se llame José Martí, que si de algo fue apóstol fue de las innatas aspiraciones de su pueblo y de las justas reclamaciones de los pobres de la tierra, y los que ya habían creado y siguen creando, con su trabajo, su sufrimiento y sus esperanzas luchadoras, la realidad y también la imagen a la que él genialmente contribuyó con su expresión y su conducta.

Martí es el punto focal, la piedra de escándalo, frente a la cual se estrella ese escepticismo, por no decir nihilismo, que se esconde con ingeniosas máscaras detrás de toda la "teoría de la modernidad" elaborada principalmente por Paz y Rama. El primero, en "El caracol y la sirena", prefiere admirarlo por lo que no es: uno más entre los próceres del modernismo rubendariano concebido como estética de la ambigüedad, el nihilismo y el eterno retorno. El segundo incluso, en su brillante estudio sobre los "dúpticos serjados" de Versos sencillos, convertirlo en un reformista en el fondo al servicio de los mismos intereses que parecía o pretendía combatir: los de la sociedad burguesa industrial norteamericana. Por ese camino de inevitable enfrentamiento, tácito o explícito, Enrico Mario Santí (a quien hay que agradecerle haber llevado el asunto hasta sus últimas consecuencias), preguntándose por "el sentido de la figura de José Martí dentro de la historia cubana moderna" y "la distorsionante lectura teleológica de la historia cubana",

se ha atrevido a escribir: "Que el propio Martí haya contribuido a hacer prevalecer la lectura que distorsiona su complejidad histórica es una ironía cuya culpa es menos suya que del pueblo cubano, en su desesperada lucha por hallarle sentido al problema de su historia". (Cf. E.M.S.: "José Martí y la revolución cubana", en Vuelta, desde luego, dic. 1986 p. 23-27). Es decir que los "culpables" de la distorsión de nuestra historia son nada menos que José Martí, los mártires de la patria (a los que más adelante Santí se refiere irónicamente) y el mismo pueblo cubano —todo un pueblo culpable—, sin duda "representado" por los "letrados" que de un modo u otro han querido ser fieles a ellos.

Entre estos "letrados" seguidores del pensamiento martiano, padre de la "lectura teleológica" de nuestra historia, me haces el honor de situarme, junto a los "constructores" de esa "ciudad letrada", desde el padre Félix Varela hasta nuestros días, inventores de la "unidad", la "continuidad" la "alegoría" y la "utopía" de la patria, que tuvo en Orígenes y en José Lezama Lima uno de los centros de nuestra "historia imaginaria" (lo que nada tiene que ver con la encarnación de la imagen en la historia, que es el verdadero asunto de Lezama) y en Lo cubano en la poesía un ejemplo de cómo "los materiales son elegidos y ordenados para 'darle un sentido' nacional" y de cómo se convierte "la historia en un instrumento de exaltación nacionalista y en esperanza de un nuevo orden utópico 'salva-

dor". Salvo las comillas (como en otras palabras: "verdades", "esencias", "destino"), que en tu ensayo juegan un papel distanciador, no tendrías mucho que objetar a estas y otras afirmaciones tuyas, tomándolas como hipérbolas, si no percibiera en su conjunto una posible articulación con el escepticismo histórico (en el caso de que la historia misma exista) dominante en la mencionada ideología, y que en los últimos párrafos de tu prólogo asoma lo suficiente como para ponernos, tú y yo, en guardia. Allí, en efecto, después de reconocer, de un lado, el "ímpetu de innegables aperturas sociales", y de otro las "disidencias ideológicas, nuevas frustraciones y desengaños, la magnitud de los sucesivos exilios, enconadas disputas y desaffios en el seno mismo de la ciudad letrada", única de la hasta ahora has hablado, de golpe aparece "la ciudad real" —¿construida por quién?— para cuestionar a aquélla. ¿Quiere decir que siempre hubo, y hay, una ciudad ilusoria, irreal, la de los letrados, y otra ciudad concreta, real, la del pueblo —o paraser lo menos abstractos posible, la de "la gente? Que exista siempre una distancia entre los proyectos nacionales y la vida diaria, nadie puede negarlo; pero que los primeros sólo son válidos y eficaces si se basan en las realidades cotidianas, tampoco. Si tú hubieras vivido como nosotros la experiencia diaria de la Revolución no necesitarías más argumento para comprender la fuerza movilizadora y ennoblecedora de esa secular "utopía" nacional en que se funda lo mejor, lo más ideal y lo más real de la Revolución.

Seguramente has oído versiones negativas y sombrías. No creo que nadie en Cuba hayasido más sincero al expresar contradicciones y críticas que yo: tú lo reconoces y no hago de ello alarde, porque ser honrado es un deber elemental. Ahora bien, repasando la lista de calamidades que enumeras, nunca he hablado de "frustraciones" y "desengaños", sino, en el plano personal, de encrucijadas y desgarramientos (lo que no es lo mismo) en el proceso hacia la integración; y, por otra parte, con independencia de la inolvidable iluminación del Tro. de enero del 59, nunca he dicho, según me lo atribuyes, que la Revolución cubanasea "un ámbito en que el 'destino' se ha cumplido". Imaginate: para mí el destino (sin comillas) del hombre no es el "ineluctable" fatum de la Antigüedad sino el advenimiento del reino de justicia y amor anunciado por Cristo, y veinte siglos de "cristianismo" (aquí no vienen mal las comillas) no han logrado ni remotamente cumplir ese anuncio. La política, por lo demás, no es el reino de los valores absolutos, pero la política sin fe histórica y sin perspectivas de redención popular, se torna mero abuso (o lucha por) el poder. Es claro que "en las revoluciones se traman nuevas formas de fuerza y de poder, que terminan por convertirse en el orden, pero ni todas las revoluciones ni todos los órdenes son iguales, y como de lo que se trata, en política, es de escoger, no entre un bien y un mal absolutos, sino el camino más propicio y abierto hacia lo que Martí llamara "el mejoramiento humano" (lo que tiene que incluir, en primer término, el mejoramiento de las condiciones materiales de la vida), la indiscutible mayoría del pueblo cubano —creador de sus propios valores y esperanzas— ha escogido el difícil camino de su revolución socialista frente al enemigo histórico —ciertamente no inventado por los "letrados"— que siempre quiso destruir a Cuba como sigue queriendo destruir a Puerto Rico y, desde luego, a la revolución nicaragüense, tan hermana como diferente de la nuestra.

Sostener, a estas alturas, que la "identidad nacional" y el "sentido de la historia" de Cuba, Nicaragua, El Salvador o Puerto Rico se reduce a una "invención" de sus respectivos "letrados, es en verdad, aunque tal no sea siempre la intención, hacerle un gran servicio al imperialismo en la lucha ideológica entablada por la insoportable injusticia que quisiera imponernos. En este sentido me hubiera gustado que al citar un pasaje de mis palabras sobre Diez poetas cubanos en el Pen Club de La Habana, en 1948, en que yo hablaba del "papel

todavía rector de la cuenca del Mediterráneo en los rumbos del espíritu", hubieses añadido lo que sigue: "Y decimos 'todavía', porque un nuevo espíritu, si así puede llamarse, amenaza con helar nuestras mejores esencias (aquéllas que por el contrario Europa nos ayuda a partear y definir), desde la nación más poderosa de este mismo hemisferio". Los casi cuarenta años transcurridos desde aquellas palabras, escritas cuando todavía estaba viva la influencia de los últimos grandes maestros universales de la cultura europea (Proust, Joyce, Mann, Valéry, Claudel, Juan Ramón, Unamuno, Machado, Picasso, etc.), me han hecho variar de actitud frente a la Europa que pudiéramos llamar post-sartreana, no así frente a los Estados Unidos, de cuyo "american way of life" (en cuanto "modelo" y fórmula política propuesta por el imperialismo y no por el pueblo norteamericano) escriben la última lección de **Lo cubano en la poesía** (1958) que se caracterizaba por "desustanciar desde la raíz los valores y esencias de todo lo que toca". Y está precisamente es lo que me parece que está sucediendo con los actuales ideólogos latinoamericanos de "la modernidad" y del exilio contrarrevolucionario.

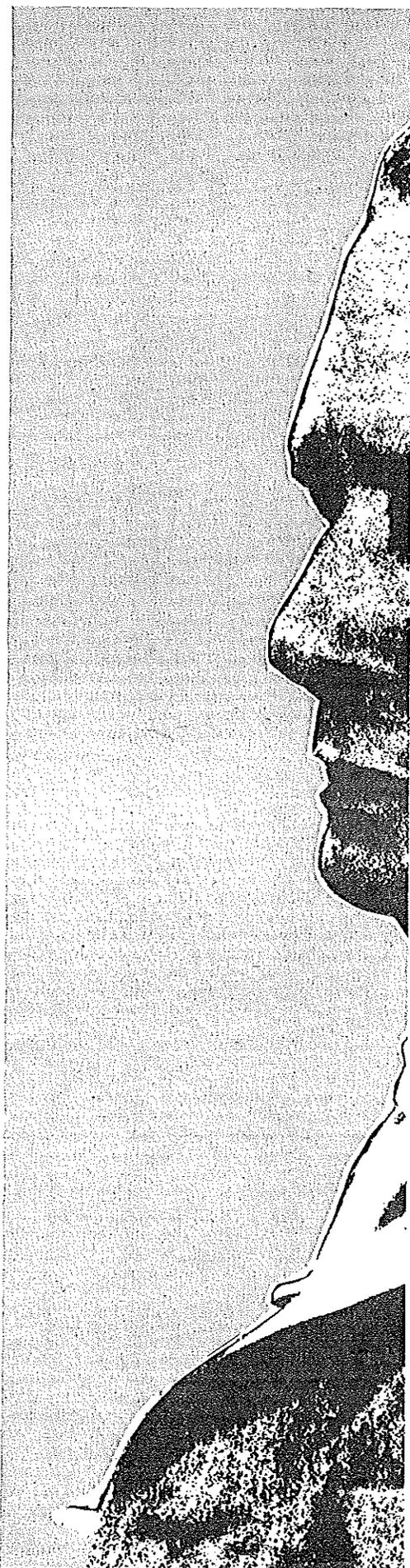
Otros aspectos de tu trabajo pudiera puntualizar, como, por ejemplo, mi radical desinterés por "las conceptualizaciones de Spengler"; o mi sorpresa al verme calificado como un nacionalista "jacobino"; o mi rechazo a aceptar que la capacidad integradora de los más disímiles alimentos dependa de una "convicción" mía (o de Fernando Ortiz) sino de una constante factual y comprobable en la cultura cubana y en toda la cultura hispanoamericana. Lo más grave, sin embargo, no es lo que pueda atañerme personalmente, sino esa tesis, que sólo puede ser útil a las eternas metrópolis, según la cual "la afirmación de la identidad nacional" es un empeño de los (o de ciertos) intelectuales "constructores" de un espacio "imaginario histórico"; que "la definición de la 'nación' está ligada al poder de la escritura y a los paradigmas que manejan los letrados, y por consiguiente, no puede verse como 'expresión' de una realidad previamente constituida al margen de los discursos que la articulan"; y que, en suma: "La escritura ha sido el espacio en el que se ha ido articulando ideológicamente —a lo largo de los siglos 19 y 20— la nación". Parodiando el "Arte poética" de Verlaine, sería como decir: "Lo único que cuenta, o lo que cuenta más, es la literatura, y todo el resto es... el pueblo". Pero después resulta que la literatura (incluyendo la poesía y la religión) es un artilugio que "se arma, bien diferente de la ciudad real, que nadie sabe en qué valores se sustenta; o, lo que es peor, el pueblo de la ciudad real, envenenado por las utopías de los letrados, los héroes y los mártires, acaba por ser, según E. M. Santí, tan culpable o más que ellos, por empeñarse en buscar el sentido de su historia.

Ya sé que no asumes, ni asumirás estos últimos dislates, pero todos, en todas partes, debemos estar alertas ante las trampas ocultas en los falsos razonamientos y sus planos inclinados, sin perder nunca de vista lo que está o puede estar, incluso involuntariamente, detrás de ellos. En cuanto a mí, querido Arcadio, la palabra misma "letrado" me resulta ajena. Prefiero ser simplemente un poeta, y más aún me hubiera gustado ser, como son mis hijos, un músico de mi pueblo... y del tuyo: el de Betances, el de Hostos, el de Albizu Campos. El de aquella noche en Loíza Aldea, ¿recuerdas?, cuando nos llevaste a participar en la fiesta de los pobres y a conocer el invulnerable desamparo de lo puertorriqueño, inventado por tu pueblo.

Recibe esta carta —que te ruego incluyas en nuestro libro y, si ya no hay tiempo, des a conocer públicamente, con la respuesta que consideres necesaria—, no como un mero cuestionamiento polémico sino como una invitación a buscar juntos la verdad de la justicia, y como un homenaje a esa lucidez intelectual y a ese fervor patrio que te singularizan y que hacen de ti una de las personas más estimables que he conocido.

Te abraza fraternalmente,

Cintio Vitier,





Comentarios a una carta de Cintio Vitier

Arcadio Díaz Quiñones

C

uando ya estaba en prensa el librito que acaba de publicar la Editorial Sin Nombre, **Cintio Vitier: la memoria integradora**, recibí desde La Habana, la carta abierta que el poeta y crítico cubano Vitier me ha pedido que dé a conocer. Cumplo ahora con lo pedido por escritor y amigo, cuya obra crítica y poética, tan poco estudiada aún, he admirado y respetado.

Me permito añadir además unas breves observaciones. Digo breves, porque no creo que se pueda ofrecer aquí una lectura de la carta que tomara en cuenta las convenciones del viejo género "carta abierta": los distintos niveles que se yuxtaponen y se cruzan en ese tenso y laborioso texto; sus metáforas militares; sus fórmulas descalificatorias, y la compleja trama cultural y política que lo constituye. Otro lugar sería más apropiado para comentarios más extensos sobre lo que la carta revela de las relaciones entre el letrado y la política, entre el poeta y el Estado. Ante la imposibilidad de una "réplica" extensa, remito a los lectores al ensayo — y a las conversaciones — que figuran en **Cintio Vitier: la memoria integradora**. Me limito ahora a algunos comentarios que juzgo indispensables sobre una carta que mezcla el cariño, el recelo y la condescendencia, y que lanza una serie de acusaciones sobre Angel Rama que no puedo pasar por alto.

Debo explicar, en primer lugar, que en marzo de este año pude hacerle llegar a Vitier el borrador final del ensayo que le da título al volumen publicado por Sin Nombre. La lectura de ese trabajo mío, que no difiere, en lo fundamental, del incluido en el librito, generó el cuestionamiento y las imputaciones que el lector verá en su antagónica y paternal carta. En ella Vitier pone en tela de juicio las hipótesis de trabajo que manejo, y rechaza la legitimidad crítica de algunos de los autores que cito, (y de alguno que ni siquiera menciono). Ese cuestionamiento no tendría nada de extraño en el contexto de un debate intelectual. La discusión constituye, idealmente, un proceso abierto, inacabado, que se nutre precisamente del enfrentamiento y la discrepancia, sin referentes teóricos "sagrados", un diálogo fructífero que podría llevar a la revisión de posiciones, o matizaciones y aclaraciones importantes.

En mi trabajo planteo la "ficcionalización" del discurso nacional, pero también hablo de las "verdades" que operan en el campo intelectual y político. Es decir, hablo de la verdad de la ficción en el discurso nacional, si se me permite la paradoja, para expresar el complejo proceso mediante el cual las tramas simbólicas van configurando las relaciones reales de poder, de clase, nación, raza o sexo. Para Vitier, en cambio, el discurso de la nacionalidad parece ser el reflejo mismo de la verdad histórica. Desde ese punto de vista su carta prolonga las premisas de muchos de los textos de un letrado aferrado consecuentemente a sus concepciones, y

reitera los paradigmas dominantes en las propias conversaciones incluidas en el volumen publicado. Hasta ahí se trataría, creo yo, de discrepancias de interpretación y de premisas. Vitier pierde de vista, en mi opinión, la dimensión histórica — y extremadamente conflictiva — de diversas y contradictorias definiciones de la nacionalidad ofrecidas por los letrados cubanos a lo largo de los siglos 19 y 20.

Sin embargo, en la carta Vitier va más lejos, politizando absolutamente la discusión. Lo que me pareció, y me sigue pareciendo, sorprendente y lamentable es que Vitier dedique buena parte de su carta a construir — y a reducir — a Angel Rama y a otros críticos como adversarios e "ideológicos del exilio cubano", y, de paso, a advertirme de los peligros que corro al asociarme con ideas "peligrosas". Todo distanciamiento crítico que pretenda analizar el imaginario nacional es visto, con suspicacia vigilante, como prueba de una conspiración de los "enemigos" que están "al servicio del imperialismo". Vitier habla aquí desde otro lugar, muy distinto del poeta que elaboró discursos sobre la función secreta y marginal de los letrados. De ahí que en algunos pasajes delirantes acuse a Angel Rama, cuyos escritos, sobre todo el ensayo titulado **La ciudad letrada**, me sirvió de punto de partida, de ser uno de los "ideólogos del exilio cubano".

Insisto en el caso de Rama porque Vitier dedica una parte considerable de la carta a manifestar su disgusto ante ese gran crítico, que no puede replicar, como podrán hacerlo otros mencionados, y que, recordémoslo, fue víctima del presistente macartismo norteamericano poco antes de su trágica muerte. Vitier llega a escribir que en su sobre los **Versos sencillos** Rama convierte a Martí en un reformista "al servicio de los intereses... de la sociedad burguesa industrial norteamericana". Independientemente de las discrepancias que se puedan tener con ese estudio de Rama, la caracterización de Vitier, es, a mi juicio, una distorsión intelectualmente escandalosa. ¿Cómo se puede entender, después de leer ese pasaje, la exhortación final de la carta a "buscar juntos la verdad de la justicia?"

En mi ensayo me propuse estudiar el discurso de la nacionalidad en algunos textos centrales de Vitier, y, sobre todo, cómo, en su caso, la nacionalidad es al mismo tiempo una reflexión sobre la poesía, en su lugar y su función. Para Vitier no hay diferencia entre lo poético y la nueva fundación de la historia cubana y su "ser nacional". En su caso, además, el componente religioso es central en su concepción de su historia de lo cubano. Es un modo de mirar la realidad: la poesía como mística política, antes y después del proceso revolucionario. También intenté situar, esquemáticamente, su nacionalismo en el interior del debate de los letrados cubanos del siglo 20. Es bien sabido que el debate sobre la nación acompaña la historia cubana de los dos últimos siglos, y, particularmente, los fundamentos discursivos de muchos de los letrados que elaboran discursos de resistencia y de unidad. Precisamente me interesaba ver sus textos en el marco de una tradición nacional, que a su vez él mismo ayudaba a refundar, mucho antes de los actuales — y necesarios — debates sobre la Revolución cubana.

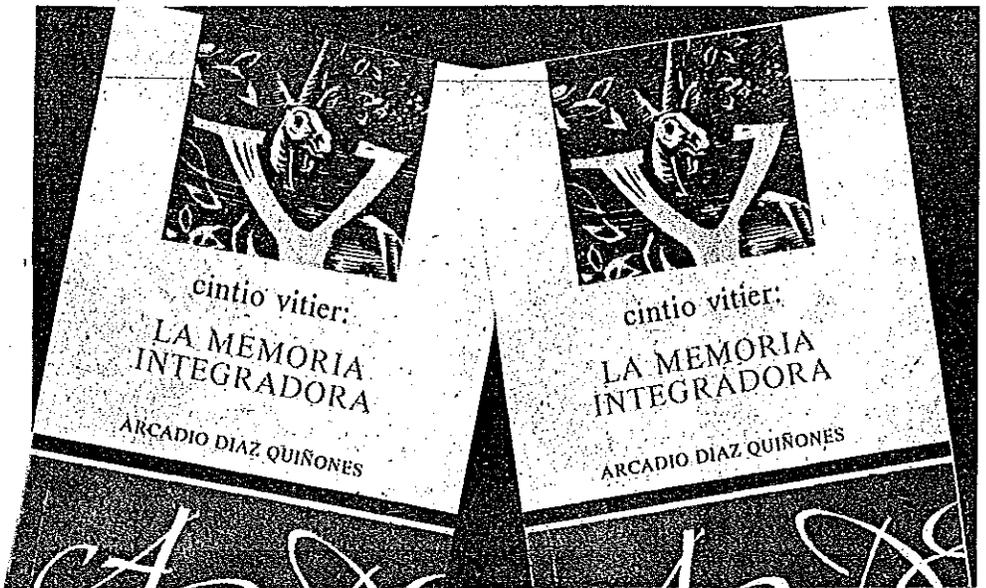
Todo esto es, en efecto, discutible. Mi lectura es

continúa en la próxima página

un ensayo introductorio que no agota, ni mucho menos, el marco de preguntas. Es parte de un amplio debate en el pensamiento literario y social contemporáneo que cuenta ya con una abundante literatura interpretativa. Y, hay que recordarlo, en el estudio de los fundamentos discursivos de los nacionalismos caribeños y latinoamericanos y de las ideologías literarias que sustentan las prácticas de los letrados, el caso cubano es sólo un capítulo —importantísimo— de una historia mucho más larga. En un estudio más ambicioso y matizado podría compararse, por ejemplo, con el caso argentino o mexicano.

Pero es difícil, si no imposible, entablar un diálogo abierto sobre estos problemas, si se enmarcan, como lo hace Vitier, en la crispada polarización de "amigos" y "enemigos", "patriotas" y "traidores", y si se acepta la premisa inquisitorial de que hay tesis "tan inaceptables como peligrosas". ¿Cómo leer y debatir si incluso algunas citas pueden delatar imaginarias "traiciones" de un enemigo permanentemente agazapado que se infiltra hasta en los textos de un intelectual tan admirable, y tan respetuoso de la independencia crítica, como Angel Rama? ¿Podré citar alguna vez a Octavio Paz, algunas de cuyas descripciones políticas en ocasiones me parecen tan maniqueas y previsibles, pero cuya obra crítica es tan central y estimulante? ¿Será posible citar a un crítico urbano tan competente como Enrico Mario Santí, o a un estudioso tan riguroso y lúcido como Roberto González-Evchevarría, ambos destacados intelectuales cubanos en el exilio, sin que se me acuse de estar al servicio del Sr. Reagan y su política bélica? ¿A quién se puede citar sin ser "sospechoso"? No hay utopía nacionalista ni marxista, ni exilio militante, que justifique tal ejercicio autoritario.

Para concluir, quisiera decir que, personalmente, esta carta pública, con todas sus implicaciones, ha sido una experiencia penosa. Sin embargo,



no disminuirá ni el afecto que siento por Vitier, ni mi interés en seguir estudiando su obra, ni el respeto que siento por un letrado que durante años, y frente al marxismo dogmático de algunos comisarios cubanos, supo preservar su marginalidad religiosa y crítica y su obstinada tarea conservadora: el Vitier de un texto como *No me pidas falsos compromisos*. Pero esta carta tampoco podrá opacar la de otros escritores y críticos cubanos, tanto la de escritores como Vitier que han defendido apasionadamente la Revolución y su concepción de la nacionalidad, como la de muchos que se encuentran en el exilio, quienes a veces comparten, irónicamente, las mis-

mas versiones de lo nacional, y desde ellas se oponen a la Revolución. Los "enemigos históricos", para usar la frase de Vitier, en Cuba o en Puerto Rico, no son sólo "externos". Hay también una larga tradición de dominación y autoritarismo internos que ha sabido renovarse de muchas maneras, y que invoca a menudo la "unidad nacional". La intolerancia de algunos —dentro o fuera del país— no debe llevarnos a rendir nuestro derecho a pensar, sino precisamente a afirmarlo, para no empobrecer más la tan precaria autonomía del espacio crítico.

3 de noviembre de 1987